

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Camilo Torres Restrepo, Pbro.

La proletarización de Bogotá. Ensayo de metodología.

El autor de este trabajo, Pbro. Camilo Torres Restrepo, se graduó en la Universidad Católica de Lovaina, ha sido profesor de sociología en la Facultad del mismo nombre, de la Universidad Nacional de Colombia; cursos muy serios en especialidades sociológicas en la Universidad de Minnesota y por tanto conoce a fondo los problemas que embargan su atención de catedrático y expositor metódico. Estas condiciones intelectuales del ilustre sacerdote se ponen de relieve en este penetrante ensayo publicado por la facultad de sociología de la Universidad Nacional. Con criterio socio-económico muy ajustado a los hechos, el autor traza el cuadro de la pobreza de quienes viven en Bogotá. Cuadro que poco o nada nos favorece. Porque, en puridad de verdad, leyendo este penetrante opúsculo, se llega a la desoladora conclusión de que son contadas las familias que tienen derecho económico a alimentarse en forma completa y con cierta racionalidad en hacerlo.

A la ingénita pobreza del habitante de esta urbe se han venido a sumar nuevos factores perturbadores. La delirante tabla de natalidad que hace que las familias pobres se vean agobiadas para atender a la subsistencia de sus hijos; la inmigración rural a la ciudad por causa de fenómenos como el de la violencia que ha frenado la producción agrícola, parado el trabajo orgánico, desgonzado las formas de una vida rural pero que al menos tenía el abierto y sano horizonte por delante; a Bogotá han afluído millares de familias huyendo de la muerte, trayendo nada más que el fardo de su miseria; viven aquí en lamentable promiscuidad, ya que la ciudad no se encontraba en condiciones de recibir estas familias campesinas. El autor de este trabajo presenta estadísticas que deben ser meditadas por sociólogos, economistas y educadores. Dice muy acertadamente:

"A diferencia de los países industrializados, en los países en desarrollo el fenómeno de proletarización aumenta, ya que la industrialización y la concentración de capitales está ahora en un período de iniciación".

"La productividad del trabajo es aún más baja en relación con los países industrializados. Por lo tanto, los salarios reales y el ahorro decrecen en lugar de ascender".

"Dado el sistema de valores, aún feudal, y la carencia de otras instituciones, la propiedad privada constituye en nuestros países, aun en las ciudades, el principal elemento de prestigio y de seguridad. Siendo la propiedad privada una forma de ahorro, la carencia de este aumenta la proletarización por la desposesión del obrero".

El cuadro es aterrador. La gente que reside en Bogotá, incluyendo también la clase media económica, se alimenta pésimamente. Los sueldos y jornales no alcanzan para el consumo de leche y carne, alimentos esenciales en la verdadera vida nutricional. Y particularmente grave el hecho, cuando se refiere a nuestra niñez que, al desarrollarse en precarias condiciones alimenticias, es propensa a inclinaciones anormales, taras, enfermedades graves. Un país y una ciudad subdesarrollados como lo demuestra el autor de este ensayo, muy útil para conocer nuestra verdadera situación.

Jorge Gaitán Durán.

Si Mañana Despierto. Ediciones MITO. Bogotá, D. E.

En Jorge Gaitán Durán, muerto absurda y trágicamente en un accidente de aviación, estaba latente, como en muy contados poetas americanos, el clima de muerte. Su breve día que se tiñó de amaneceres resplandecientes y de crepúsculos de ceniza, trataba de descifrar con angustia los enigmas de un tiempo duro, amargo, cuando vacila la aguja imantada de la fe de Dios.

Los poetas como Gaitán Durán estaban a la caza de todas las emociones que, posteriormente, se convierten en un presupuesto de experiencias. Lector infatigable, no quiso detenerse en el umbral de las palabras, sino que indagaba en el sentido último del pensamiento humano. Pedía un juicio de residencia para muchas cosas consideradas eternas, para que una generación nueva, fresca y varonil, hiciera valientemente el inventario de lo que somos y padecemos. Su pensamiento oscilaba entre varias corrientes, solicitado por el canto de muchas sirenas. Aún la sangre era joven y pagaba su necesaria contribución a un mundo que hoy se halla perplejo, desorientado, precisamente porque ha vuelto la espalda a Dios. No obstante esa oscilación marina, Gaitán Durán permaneció fiel a la tierra que lo vio nacer, a ciertas fuerzas telúricas que empaparon sus sentido allá en la lejana infancia, en el amoroso territorio del alba.

Fiel al paisaje, desvelábase por encontrar las palabras justas que, con rigor idiomático, tradujeran esa marea ya lejana, ese recuerdo de la niñez que nos viene empapado en lágrimas.

Pero a medida que investigaba con su ardiente curiosidad intelectual, la muerte fue pentrando, inundando como una alta marea, el cuerpo de su poesía. Sabía que diariamente crece en nosotros, con el susto de la sangre, el sudario definitivo. Somos seres clausurados, convocados para la muerte. Nada, ni nadie puede liberarnos de su presencia. Es una categoría ontológica, pero también una tremenda y desolada certeza. Gaitán Durán se sentía como subyugado por ella. Y aunque hizo viajes de cir-

cunvalación por todas las literaturas y pagó su tributo a los nuevos "ismos", siempre sentía que la muerte era definitivamente la segadora del trigo con su hoz de lentos y amargos yelos. Y murió tempranamente como los amados de los dioses. Sus incursiones por el sadismo, por el *existencialismo sartreano*, por escuelas literarias nacidas de una filosofía de estopa a la orilla del Sena, tuvieron que dejarle en los labios un regusto de ceniza. Amigo incomparable, suscitador de inquietudes mentales, gonfalonero de la cultura en nuestro país tan escaso de ella, su memoria será siempre recordada con amorosa unción por todos aquellos que fuimos sus amigos. Leamos un poema de su último libro, tan fiel reflejo de su cogitación espiritual:

EL REGRESO

*El regreso para morir es grande,
(Lo dijo con su aventura el rey de Itaca)
Mas amo el sol de mi patria,
El venado rojo que corre por los cerros,
Y las nobles voces de la tarde que fueron
Mi familia.*

*Mejor morir sin que nadie
Lamente glorias matinales, lejos
Del verano querido donde conocí dioses.
Todo para que mi imagen pasada
Sea la última fábula de la casa.*

El autor de *Insistencia en la Tristeza*, *Presencia del Hombre*, *Asombro*, *El Libertino*, *Amantes*, *Los Hampones* y de crónicas estremecidas de presencias, encontrará en el regazo de Dios paz a su angustia interior y a ese pasmo resplandeciente que deja en el alma la interrogación de los sellados enigmas.

Eduardo Santa.

Rafael Uribe Uribe.

El escritor colombiano Eduardo Santa, conocido y valorado en nuestro medio, ha publicado esta biografía del general Rafael Uribe Uribe. El autor se confiesa como uno de los más fieles mantenedores de lo que Uribe Uribe significó en el ámbito de Colombia. Y, partiendo de esta base de serena admiración, se ha dado a la búsqueda de aquellas virtudes cardinales que hicieron de este combatiente por la libertad, una de las más nobles figuras de la historia de nuestra patria, en el tiempo de su lucha por la cabal independencia.

Eduardo Santa ha trazado este libro sin precipitarse, pesando las razones que confluyen para hacer de la vida de su biografiado una especie de síntesis de lo mejor del espíritu colombiano. Y no le quedaba difícil

realizar su tarea, ya que Uribe Uribe, y su hazaña moral, colman buena parte de nuestras luchas políticas, muchas veces estériles, desoladas y amargas. Porque lo trascendente de Uribe Uribe es precisamente ese su espíritu curioso, investigativo, realista y profundamente humano; varón de dolores, tuvo una concepción honesta de sus propias responsabilidades y de las de su propio partido político; por eso mismo fue escarnecido, ya que en un medio agrio como el nuestro, es difícil que la recta razón triunfe sobre los sectarismos desplegados en orden de batalla. Se necesita un espíritu superior, una viril calidad de héroes para indicar la ruta de salud pública a la cual puedan converger todos los colombianos, teniendo como común denominador un generoso y fecundo sentido colombiano.

El autor de esta biografía sabe conducirnos a través de esa existencia torturada y sacrificada: su personaje se mueve dentro de una atmósfera viva, cuajada de resplandores, que es precisamente aquella en la cual vivió y fue como el marco de su tiempo. Guerras civiles incruentas; pálidos y extenuados ideólogos que suspiraban por "repúblicas ideales" bebidas en remotas constituciones para países de superior estructura jurídica; vocablos sectarios que fueron como el cauce por el cual corrió la sangre de hermanos. Tiempo sin organización política y administrativa; blandengue camino intelectual, donde casi todo, si exceptuamos el pensamiento de Rafael Núñez, nos venía de prestado.

Y en una época así, la hazaña espiritual de Uribe Uribe consistió en sentir el dolor de los pobres; el entender cómo una nación es una suma de coherentes bloques orgánicos y no una montonera facciosa y alzada. Fue el verdadero fundador del frente nacional, y acaso el testamento del Libertador Bolívar, en Santa Marta, fue su norma ética en una época sin grandeza.

William Faulkner.

Mientras Agonizo...

Como en toda la temática de Faulkner, en este libro desgarrador está patente el don de intuir los rotos destinos de una sociedad, sus gentes desesperanzadas, el mundo miserable y limitado que les corresponde vivir. Porque Faulkner, como Thomas Mann, no se detiene únicamente en lo artístico, no obstante ser tan importantes los valores estilísticos de sus obras, sino que se asoman al espejo brumoso de un mundo crispado y en ebullición.

Willam Faulkner, muerto este mes en su patria, representó como el mejor aquella literatura norteamericana del sur del país tan impregnada de valores raciales, de mensaje telúrico, sollozante de un contenido amor por todo aquello que tiene consistencia, el paisaje y la vida misma como algo desbordado, sin esas simetrías que impone la cultura al hombre moderno. En esta novela tan emparentada con los personajes de Joyce, el autor enseña nuevas técnicas novelísticas todas ellas verdaderamente creadoras.

La novela de Faulkner no se resigna a los moldes trillados y en muchos de sus pasajes existe una como lúcida incoherencia, un clima de alucinación. Sus tipos son de carne y hueso, batientes amplios de una puerta fabricada con maderas desconocidas: la misma de sus bosques sureños, de su hallazgo terco y genial en encrucijadas desconocidas hasta entonces. Por tanto es lógico que el lector encuentre complejos los personajes y el estilo de Faulkner. En verdad su lectura no es grata. Exige primero una cariñosa amistad con el autor, un trato fraternal que nos ayude a penetrar el secreto de una magia literaria ciertamente desconcertante. El lenguaje de Faulkner es plástico, musical, sorprendente. Por eso mismo esta novela **Mientras Agonizo**, es tremenda como confrontación de una sociedad que chafa a sus miembros y nos los devuelve como muñones en la lucha inútil por la supervivencia.

Indalecio Liévano Aguirre.

Los Grandes Conflictos Económicos y Sociales de Nuestra Historia.

En el número anterior del Boletín nos referimos a la obra de Indalecio Liévano Aguirre y hacíamos la afirmación perentoria de que corresponde a los institutos dedicados a investigar las fuentes de nuestro acontecer histórico, en todas las ramas y épocas, salir a la palestra a impugnar o a solidarizarse con el pensamiento de este escritor que, según entendemos, pertenece a la Academia de Historia de nuestro país. En materia tan importante como esta se supone la polémica, para que la ciudadanía, así, pueda conocer claramente la cara y el sello de las ideas en pugna. La actitud del silencio contribuiría a dar la razón al autor de la obra, quien, en cuatro volúmenes, ha presentado una tesis personalísima de nuestra acción, como pueblo, en el terreno socio-económico y también en el campo puramente cultural.

Queremos, sí, relieves la actitud que ha tomado el autor frente a la acción del clero español en el alborar de la Colonia. Reconoce Liévano Aguirre que el clero, con fray Bartolomé de las Casas a la cabeza, luchó en toda forma para evitar la expoliación de la población indígena; una verdadera cruzada misionera que pone de presente la ejemplaridad moral de sacerdotes de Cristo inclinados sobre las divinas fuentes del Evangelio y convertidos en cruzados de un pueblo humilde y sojuzgado; también el autor reconoce que la Corona de España tuvo celo especialísimo en la protección de sus súbditos en las colonias de ultramar. Leyes sabias como las de la Legislación de Indias, son un testimonio franco, elocuente y hermoso, de ese superior anhelo de justicia que consumía a la Corona y especialmente a Carlos V, un vidente que comprendió con gran sentido universal de la vida y de la historia, la verdadera tarea que incumbía a España en sus posiciones americanas.

Naturalmente muchas de esas órdenes se quedaron en el terreno de las buenas intenciones. La fatídica consigna: *Se obedece, pero no se cumple*, constituyó la verdadera ley en tiempos de la colonia.

Pero esto no quiere decir que si hoy América permaneciera desconocida y la conquista y la colonia nos llegaran del comunismo, nos iría mejor que por aquellas calendas. Todo lo contrario; el sistema que impera en Rusia, en los países de la *cortina de hierro* y en Cuba, es el oprobio de toda libertad. Tendríamos a los miserables siervos sudando plusvalía para sus remotos amos asiáticos y esteparios.

Tampoco, y esto lo sabe el autor, las guerras de conquista en todos los tiempos, han sido hechas por ángeles. Depredaciones, violencia, muerte, luto, han sido los signos ineluctables de la rapacidad humana. Y no nos es dado juzgar el tiempo de la *conquista* y de la *colonia*, con criterio marxista, leninista, stalinista. En absoluto. Es un poco cándida esta forma de aplicar determinada tabla de valores ideológicos a una época fenecida, que obedeció a hombres y sistemas que hoy consideramos caducos. Pero es preciso situarse en la época que se analiza en estos temas. No sabemos qué pensarán dentro de cien años los historiadores del sistema comunista que hoy se enfrentan al sistema capitalista.

En todo caso resulta un poco ingenuo eso de subirse, como lo hace el autor de esta obra, a un púlpito y desde allí impartir bendiciones o excomuniones laicas a un duro bracear histórico. Por lo demás, algunos conquistadores fueron rapaces, codiciosos, y como tales han sido ya juzgados; pero muchos de ellos también tuvieron virtudes viriles, que no se pueden desdeñar en el balance general.

Diego Mendoza Pérez.

Sociología. Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia. 1962.

Aún no se ha desdibujado en la sombra, la figura castellana del maestro de juventudes Diego Mendoza Pérez. Su nombre se encuentra ligado a los mejores tiempos de la república, a su gran faena creadora y cimentadora de valores.

Ahora el Externado de Colombia, el magno claustro que fundara el doctor Mendoza Pérez y que es orgullo docente de Colombia, acaba de dar a la publicidad su libro de sociología, lecciones de gran claridad intelectual, donde no asoman la duda, ni la vanidad, ni el obscurantismo intelectual que campean en tantos textos que tratan sobre esta materia, porque el autor fue, ante todo, un lógico estupendo, un lúcido razonador intelectual. Leer este libro es tanto como asistir al proceso general del desarrollo de la sociedad humana, con los ojos de un viajero curioso que mira discurrir el tiempo y las peripecias de la sociedad humana. Sabe el profesor Mendoza Pérez definir con maestría una materia como esta que se presta para el logogrifo. Veamos cómo define las características de la sociedad y aceptemos que el doctor Mendoza Pérez conocía el tema y lo había reducido a fórmulas de muy clara comprensión:

“La primera característica de una sociedad consiste en que sus miembros tienen importantes actividades en común. En una sociedad civilizada los miembros que forman parte de ella tienen con otras personas sentimientos, ideas, intereses

y prácticas comunes, y constituyen sociedades particulares dentro de la sociedad general”.

“La segunda característica de una sociedad consiste en que las actividades de sus miembros y que forman parte de ella, tienen entre sí relaciones de causalidad. Los gustos, las creencias, las ideas, los sentimientos, las ideas morales, las artes etc., de los miembros de una sociedad ejercen influencia recíproca”.

“La tercera y más importante característica de una sociedad, consiste en la intercomunicación, por medio de la cual las actividades de los miembros que de ella forman parte, pueden ser conocidas y pueden influir en las actividades de los demás. Por la intercomunicación, los miembros de la sociedad constituyen una unidad”.

Transparentes los conceptos, fruto de meditación y honestidad mental, como lo fue la vida de este insigne maestro de la juventud colombiana.

Rafael Pombo.

Cuentos Pintados.

El país ha celebrado con un acto sencillo, un poco modesto en verdad, el primer cincuentenario de la muerte del gran poeta colombiano Rafael Pombo. Su nombre pertenece a una constelación literaria de primera magnitud en nuestro mundo intelectual. Pombo pulsó muchas cuerdas de la literatura y en todas descolló en forma perenne. Su nombre, pues, pertenece a la cifra de los valores de Colombia, que no brillaron por artificiosas propagandas publicitarias, ni pertenecieron a círculos o capillas. Pombo tuvo la grandeza de la soledad, la fuerza interior de los grandes líricos.

Hondo, humano, vital, viajó en la noche en busca de la verdad universal. Su poesía, a veces, se torna lóbrega, cuando en la noche pregunta a las constelaciones por los velos de nuestro limitado destino. Su fuerza humana no le permitió derivar hacia esa poesía de fin de siglo, delicuescente y ecléctica. Su equilibrio mental exigía rigorismo, confrontación, presencia de los signos intelectuales que conforman y hacen válida una vocación poética.

Pero no solamente en la poesía lírica brilló Pombo. Es cierto que muchos de sus poemas pertenecen a la posteridad por la calidad del tema, la belleza de la forma, la imagen de una gran frescura y que reúne elementos poéticos verdaderamente originales. Cultivó admirablemente la fábula, el cuento infantil, aquellas ligeras obras que definen un temperamento y registran todos los matices del sentimiento. *Los cuentos pintados* de Pombo, como sus *Fábulas*, descubren en el gran poeta gamas que no son muy frecuentes en los escritores americanos: una forma fresca, viva, de una sugerencia maravillosa, que abarca una dulce comarca de la infancia y que encierra, además, lecciones morales de significación. Literatura auténtica, desplazada por las tiras cómicas y por una serie de naderías que nada construyen.

Los Cuentos Pintados, de Pombo, debieran ser lectura obligatoria en nuestros colegios y escuelas primarias.

Estanislao Gostautas.

Arte Colombiano.

Una importante aportación al esclarecimiento del arte y de la etnología colombianos, la constituye este libro del escritor lituano Estanislao Gostautas. Anteriormente, en el *Boletín*, hicimos referencia a su primer libro *Arte Lituano*, y dijimos lo que representaba como trabajo encomiable para darnos el mensaje espiritual de la patria del autor.

Ahora se adentra en el mundo desconocido de lo precolombino, analiza la cultura agustiniana, enfoca los caracteres de las diferentes tribus que poblaron nuestro país antes de la conquista y deduce una serie de consecuencias ceñidas a razones honestas y responsables.

Es una verdadera obra de mérito, paciente, que no desentona, antes bien enriquece la bibliografía colombiana. Este libro está escrito por un intelectual responsable que supo documentarse en fuentes de primera mano para la elaboración de sus diferentes capítulos. La parte de la obra en la cual estudia las tres etapas del arte colombiano, está trazada con apasionado sentido de lo autóctono. Explica el autor la importancia que, en el arte colonial, tuvo la mezcla de españoles con aborígenes, lo cual dio una raza nueva, capaz de asimilar todos los modos y escuelas de la pintura y la escultura españolas.

El escritor lituano ha ilustrado su libro con fotografías y grabados de su bella nación donde el arte tiene vigencia de siglos.